

SESIÓN NECROLÓGICA

EN MEMORIA DEL

ACADÉMICO NUMERARIO EXCMO. SR. D.

RAFAEL VALENCIA RODRÍGUEZ

28 DE ENERO DE 2022

LOS VIERNES EN EL BAR EUROPA

POR ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ

Dada mi forma de ser, esta intervención es muy difícil para mí, porque, aunque no lo pretenda, necesariamente acabaré expresando en público sentimientos propios y ajenos, algo a lo que soy reacio, quizás por una sensación de pudor y de no saber si estaré violando su intimidad. Pero algo debía decir sobre Rafael Valencia.

Aunque había leído sus trabajos relativos a la Sevilla andalusí, apenas lo había tratado en mis años de Facultad. Debido a su dedicación a los siglos medievales, lo conocí porque acudía a la biblioteca del Área de Historia Medieval, en el que me integro. Pero nada más. Fue, por tanto, tras su incorporación a la Academia, cuando el trato se hizo más asiduo, sobre todo por el hecho de participar ambos de la Junta de Gobierno con la Dirección de Doña Enriqueta Vila, siendo él Secretario Segundo y yo Bibliotecario. Con todo, nada que ver con los seis años siguientes, tras su elección como Director y yo como Secretario Primero, durante los cuales convivimos diariamente. Ello me obligó a efectuar un curso rápido de “valencianismo”. Cosa que, les aseguro, no fue sencilla; hasta el punto de que después de este sexenio no estoy seguro de si aprobé todas las asignaturas, a pesar de las facilidades que me dio, incluso con clases particulares.

Todos los viernes, al salir de la Academia íbamos —en expresión suya— “a resolver” al Bar Europa, en ese lugar tan sevillano que es la Plaza del Pan o de Jesús de la Pasión, esquina con Alcaicería y Siete Revueltas. Durante seis años, ante cervezas y tintos, pasábamos dos horas de tranquila charla, hablando de lo divino y de lo humano. Aunque, como se pueden imaginar los que me conocen, es obvio que él hablaba mucho más que yo. Fue a lo largo de estas charlas cuando pude ir adquiriendo un conocimiento, por supuesto incompleto —pues toda persona siempre reserva parte de su intimidad— de Rafael Valencia.

Quiero creer que al ser a la caída de la tarde del último día laboral de la semana y ya sin prisas, esos ratos funcionaron para Rafael como un mecanismo de descompresión de días, con demasiada frecuencia, muy cargados. Ni que decir tiene, que de lo que menos hablábamos era de la Academia, aunque esta se abriera paso entre los más diversos temas de esas charlas, de las que yo destacaría como rasgo fundamental, su carácter relajado.

Si tuviera que hacer una estadística de los temas de conversación, sin ningún género de dudas hubo dos que con mucha frecuencia estuvieron presentes; su finca extremeña en tanto que lugar de paz, de tranquilidad y de aislamiento, y, sobre todo, su familia. Era raro el día que no se refería a sus padres, revelando, a través de su forma de expresarse, la veneración que les profesó, así como al amplio matriarcado gallego. Pero si ellos eran el pasado, el presente era su hijo. Si es cierto que, a lo largo de estos seis años, Gonzalo, el hijo, sin desaparecer, fue dejando paso a los nietos. Tanto cuando estaba próxima su venida a Sevilla como, luego, tras su marcha, me hacía partícipe de las horas agradables y alegres que había pasado con ellos.

Como todos ustedes saben, la capacidad de relación, de sociabilidad, de Rafael era infinita. De ahí, que a lo largo de las conversaciones aparecieran numerosos nombres, seguidos de la expresión “que tu conoces”. Ni que decir tiene, que yo conocía al dos por ciento de los que mencionó a lo largo de estas conversaciones. Abundando en esta faceta de Rafael, nuestro recorrido diario tras salir de la Academia transcurría por las calles Segovias, Placentines y Francos, para separarnos en la confluencia con la Cuesta del Rosario. Pues bien, en este recorrido “kilométrico”,

raro era el día que no saludaba al paso a una o más personas, o se detenía con ellas para intercambiar algún comentario, en el que, como pueden imaginar, en más de una ocasión, sacaba a la luz su talante irónico.

Era lógico que la Universidad estuviese presente en nuestras charlas, rememorando episodios de una larga vida en su condición de docente en la Facultad de Filología y en el servicio a la institución a través de su participación en muy distintos órganos de gestión. Sin embargo, lo que durante décadas había sido un disfrute desde la perspectiva docente e investigadora, en estos años se estaba convirtiendo cada vez más en una carga. Como la Academia desarrolla sus actividades por las tardes, era bastante normal que llegase directamente de la Facultad. Sin solución de continuidad. A veces se había tomado una cerveza y alguna tapa en uno de los bares de la calle S. Fernando, para seguir funcionando. Por supuesto, venía de alguna interminable comisión, de alguna entrevista, de atender a los alumnos, o de pelearse con alguna de las nuevas plataformas informáticas. Cada vez con más frecuencia el cansancio y el agotamiento se reflejaban en su cara, y en más de una ocasión solo pasó por la Academia para decir que se iba a su casa porque no podía más. Como todas las cosas tienen un límite, a pesar de su pasión universitaria, en los últimos meses había ido renunciando poco a poco a parcelas de actividad. Aún recuerdo una tarde en que, al llegar de la Facultad, me dijo que lo felicitara. Al preguntarle el motivo, me respondió: “Acabo de cesar como miembro de la Comisión de Doctorado”. El distanciamiento de una Universidad que ya no era la suya, culminaría poco después, y no sin muchas dudas, con la decisión de jubilarse.

Aunque he hablado de agotamiento y cansancio de Rafael en relación con la Universidad, de inmediato tengo que recordarles algo de lo que también muchos de los aquí presentes son conscientes. No sabía decir que no. Eso le suponía participar en numerosas actividades e instituciones, así como de aficiones de muy diverso tipo, para las que no sé de donde sacaba el tiempo. Con frecuencia salió en nuestras conversaciones el tema taurino, otro de sus conflictos internos, ante la evolución que había experimentado el espectáculo. Si bien abandonó la plaza junto con los

otros vecinos y amigos de la grada, no fue capaz de sustraerse a la invitación a integrarse en la Fundación de Estudios Taurinos e incluso hacerse cargo de la dirección de su Revista.

Hablar de la relación entre Rafael Valencia y la Academia es hablar de las crisis.

Fue elegido académico en noviembre de 2008 y leyó su discurso de ingreso en octubre de 2010, integrándose en la nómina de Académicos Numerarios. Desde el primer momento cumplió con sus compromisos con la institución, y todos los años presentaba una o más disertaciones en nuestras sesiones quincenales, que, en la mayor parte de las ocasiones, giraron en torno a la Sevilla andalusí.

Como con la Universidad, su compromiso con la Academia le llevó a participar desde el primer momento en su gestión. Al año siguiente de su ingreso (2011) hubo elecciones para la Junta de Gobierno y fue elegido Secretario Segundo; tres años más tarde (2014), fue elegido Director, cargo que renovó en 2017; y como Director en funciones fallecería en 2020. Esta sucesión de fechas no es simplemente una enumeración de hitos en la vida académica de Rafael Valencia, sino que yo diría que define su relación con la institución, al estar directamente vinculadas con las crisis que asolaron al país y, consecuente y muy directamente, a la Academia, periodo que el calificó de “duro” en más de una ocasión, pero les aseguro que es un calificativo bastante benévolo.

En la primera etapa, aunque el cargo era de Secretario Segundo (2011), sus capacidades hicieron que la entonces directora, Doña Enriqueta Vila, le encargase la gestión económica, en un momento en el que los años de bonanza, incluso de abundancia de recursos, habían tocado a su fin. Como consecuencia de la crisis iniciada poco antes, la actividad de la Academia estaba cada vez más comprometida, debido al descenso de los ingresos, hasta afectarla de pleno en 2012, por la desaparición de las subvenciones privadas que hacían posible la vida académica, con la excepción de la de la Real Maestranza de Caballería. Una de las consecuencias de esta situación fue el despido de las dos personas contratadas, quedando la institución sin personal de administración y servicios.

En este contexto asumió Rafael Valencia la dirección de la Academia. Consciente de las dificultades, aunque, probablemente, no del grado que llegarían a alcanzar. Durante su mandato, la situación fue a peor, hasta el punto de que hubo años (2016, 2018), en que los ingresos reales procedentes de las subvenciones de instituciones públicas fueron cero, y en los restantes llegaban con ejercicios casi vencidos; contándose, por tanto, exclusivamente, con las donaciones voluntarias de algunos académicos, que, en el mejor de los casos, no llegaron al 50% de los gastos ordinarios.

A pesar de la gravedad de la situación, o quizás por ello, al culminar la primera etapa de Director, si bien en un primer momento anunció que no continuaría, ante la insistencia de algunos compañeros, acabó reconsiderando dicha decisión y cumplió un segundo mandato. Para valorar esta decisión hay que tener en cuenta no solo la situación de la Academia sino también lo que supuso de renuncia en su trayectoria particular: de que pasaran a un segundo lugar aspiraciones profesionales, como la obtención del placet de la ANECA a su condición de catedrático y la obtención de la plaza.

En este contexto laboral y económico, Rafael Valencia mantuvo abierta la Academia todos los días del año, siempre que lo permitió la pandemia. Se mantuvieron las actividades científicas, culturales y de servicio que la institución viene prestando a la sociedad, y ello fue posible porque puso su patrimonio al servicio de la Academia en una cuantía significativa de varios miles de euros. En esta actitud, siguió la estela de otros directores que le precedieron a lo largo de los casi tres siglos de historia de la Academia.

En la labor diaria, la falta de personal de administración antes mencionada se intentó suplir con la colaboración de alumnos del Grado de Filología, que estaban obligados a efectuar prácticas. Era obvio que estas no tenían nada que ver con el Grado, ni los alumnos tenían la formación idónea para desempeñar dichas funciones. Sin embargo, creo que fue una decisión acertada y válida. Muchos de ellos, una vez graduados, no encontrarían trabajos vinculados a su formación universitaria, sino que acabarían realizando otros muy alejados de aquella, y la experiencia

adquirida en la Academia podría serles útil. Un solo ejemplo, de lo que quiero expresar. Teniendo en cuenta que eran alumnos de los últimos años de la licenciatura y del grado, en una ocasión le pidió Rafael Valencia a uno que buscara en el ordenador la dirección de una Consejería de la Junta de Andalucía. Ante la actitud dubitativa del alumno, le preguntó qué pasaba, por qué no la buscaba, y la respuesta del alumno fue otra pregunta: ¿Qué es una Consejería?

Lo cierto es que la Academia ampliaba la función con la que fue creada con otra en aquel momento impensable para sus fundadores. Con la llegada de cada hornada de alumnos, el Director se transmutaba en improvisado instructor en gestión administrativa, cuyos alumnos, una vez formados, se marchaban, al cumplir sus horas reglamentarias de prácticas y, cual Sísifo administrativo, el Director volvía a iniciar su labor de formación con la siguiente hornada.

El viernes 12 de junio de 2020, como todos los viernes, al cerrar la Academia acudimos al Bar Europa. Debido a la pandemia, nos lo encontramos cerrado, por lo que seguimos por la calle Alcaicería en busca de un sustituto. Pero ya no pudo llegar. Como tampoco llegó a la cátedra, ni a alcanzar la tranquilidad que tanto deseaba.

RAFAEL VALENCIA, SU COMPROMISO CON LA UNIVERSIDAD

Por M^a DOLORES LÓPEZ ENAMORADO

Buenas tardes, queridas, queridos miembros de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, amigas, amigos.

Quiero darles las gracias por su invitación a participar en este homenaje a Rafael Valencia, compartiendo esta sesión con Antonio Collantes de Terán y Joaquín Muñoz, entre estos muros tan queridos por Rafael. Con él tuve el honor de recorrer estas estancias, mientras me iba desgranando, con su voz inolvidable, las mil y una historias que encierra este edificio, esta institución a la que dedicó tanto tiempo, tanto esfuerzo y entusiasmo.

Los que hoy nos reunimos somos una pequeña parte de ese enorme grupo suyo de amigos y amigas de ámbitos tan distintos, compañeros de la Academia y de la Universidad, más de treinta promociones de alumnos de Estudios Árabes, tanta gente querida por Rafael en esta Sevilla que tanto amaba y en la que tanto disfrutó.

Me han pedido que me centre hoy en su faceta universitaria, y quiero empezar diciendo que Rafael Valencia fue un universitario total: excelente como estudiante, docente, investigador, gestor y comunicador. En esta ciudad, en la Universidad de Sevilla, inició sus estudios, que completó en la Central de Barcelona, licenciándose en Filología Semítica (Árabe e Islam), obteniendo el Premio Extraordinario de Licenciatura. Sobre

Sevilla hizo su Memoria de Licenciatura, y más adelante, en la Universidad Complutense de Madrid, se doctoró cum laude con la Tesis “Sevilla musulmana hasta la caída del Califato: contribución a su estudio”. Durante este periodo de formación sus maestros fueron, entre otros muchos, los grandes arabistas Juan Vernet, Joaquín Vallvé y Soledad Gibert, con los que siempre mantuvo fuertes lazos de amistad.

Su amor por el mundo árabe le llevó a Bagdad, donde residió varios años, iniciándose como profesor en su Universidad, y ocupando los puestos de director del Instituto Hispano-Árabe de Cultura y Agregado Cultural de la Embajada de España. A mediados de los ochenta regresó a Sevilla, muy joven aún, pero con una dilatada experiencia en docencia, en investigación y en gestión.

Para mí es muy difícil hablar de quien ha sido mi mejor amigo, mi cómplice, mi punto de referencia, mi compañero y mi maestro desde que lo conocí, a su regreso de Bagdad y tras su incorporación a la Universidad de Sevilla, como profesor y posteriormente como director del Instituto de Idiomas. Poco después de su llegada a esta ciudad, le fue otorgado el Premio de Investigación Ciudad de Sevilla 1986 por su trabajo “El urbanismo de la Sevilla árabe”. Su labor en esos años fue fundamental. A finales de los ochenta, la Universidad de Sevilla aprobó la creación de la licenciatura de Estudios Árabes e Islámicos, y Rafael contribuyó de forma decisiva a la puesta en marcha de esta especialidad en nuestra Universidad. Rafael irradiaba entonces, y mantuvo siempre, ese profundo conocimiento, ese enorme amor por todo lo que hacía, y el mismo entusiasmo de los inicios, a pesar de los obstáculos que la vida nos va poniendo a todos.

A Rafael le encantaba viajar. Su profesión lo llevó a conocer el Mundo Árabe como nadie. Hablaba árabe con mucha soltura, y en todos sitios le reconocían su acento bagdadí, ese tono oriental que imprimía a la lengua árabe. Pero también viajó por Europa, por Africa, por América Latina, por tantos sitios, hablando de la Sevilla árabe, de Al Andalus, y de ese mundo árabe y musulmán que él convertía en mágico cuando recitaba poemas de Al Mutamid en árabe, y luego los traducía al español, con la emoción en sus ojos y en su voz. Además de Bagdad y Sevilla, impartió docencia en las universidades argentinas de El Salvador de Buenos Aires, Santa

Fe y Tucumán; en Dakar, Marrakech, Fez, Rabat, Tetuán, Qatar, Palermo, Nigeria, Lisboa o Estambul, por citar solo algunas.

Rafael Valencia fundó el Grupo de Investigación Ixbilia en 1988, y desde él impulsó multitud de actividades académicas, como conferencias, cursos, talleres, encuentros, o la colección Alfar-Ixbilia, una línea editorial especializada en Estudios Árabes en la que se publicaron una veintena de trabajos académicos (en español o en edición bilingüe español-árabe) que han tenido una gran difusión y han jugado un importante papel en el conocimiento del mundo árabe por parte del público español.

No voy a entrar aquí en detallar los cientos de publicaciones del profesor Rafael Valencia, tanto de investigación como de divulgación, sobre temas árabes, literarios e históricos, clásicos y contemporáneos, orientales y occidentales, con Sevilla como punto central. Basta teclear su nombre en un buscador para acceder a esa ingente bibliografía que da muestras del extenso e intenso trabajo que desarrolló ininterrumpidamente a lo largo de su vida. Sí quisiera destacar aquí que fueron muchos los temas por los que se interesó, y en los que centró sus investigaciones y posteriores publicaciones: la Sevilla árabe, Al-Ándalus, política y relaciones estratégicas entre los países árabes, historia del Norte de África, Magreb Contemporáneo, el Islam como religión y cultura..., aspectos diversos de lo que constituyó su objeto de estudio y su pasión: el mundo araboislámico.

Además de todo esto, Rafael Valencia fue un magnífico profesor, que creó escuela, formando a muchas generaciones de arabistas a los que supo transmitir su pasión y su amor por el mundo árabe. Atendía a sus estudiantes con infinita generosidad, implicándolos en los nuevos proyectos que acometía, integrándolos en los equipos de investigación y transmitiéndoles seguridad, orientándolos sobre salidas profesionales, dirigiendo sus tesinas y Tesis Doctorales sobre temas medievales y contemporáneos, sobre Al-Ándalus, pero también sobre pensamiento político, y temas muy diversos relativos al mundo árabe e islámico. Escuchando siempre con una actitud abierta hacia nuevas temáticas y enfoques.

Como universitario comprometido, el profesor Valencia dedicó buena parte de su tiempo a tareas de gestión y política universitaria en la Hispalense, como director del Instituto de

Idiomas, secretario y posteriormente director del Departamento de Filologías Integradas, coordinador del Área de Estudios Árabes e Islámicos, miembro y más tarde vicepresidente del Claustro universitario, miembro de la Junta de Gobierno y de la Junta de Facultad, Presidente de la Comisión Electoral, y otras muchas funciones, que requieren mucha entrega y generosidad, que conllevan mucho trabajo, no siempre reconocido en sus justos términos por la comunidad universitaria.

Formación, investigación, docencia y gestión universitarias del profesor Rafael Valencia, y voy un poco más allá. Cuando conceptos tan actuales como la internacionalización o la transferencia del conocimiento a la sociedad aún no formaban parte del lenguaje universitario cotidiano, el profesor Valencia ya los ponía en práctica con éxito, a través de acciones encaminadas a difundir el resultado de sus trabajos y proyectos, los suyos propios y los de sus equipos, dándolos a conocer tanto en Andalucía como en España y en el exterior. En este sentido, Rafael Valencia fue un referente en y para el Mundo Árabe. Entre otras muchas actividades, se encargó de la dirección de un conjunto de libros de gran formato, en ediciones muy cuidadas, sobre países del entorno arabo-islámico como Egipto, Marruecos, Qatar o Nigeria, publicados en español por Laia/Gas Natural, y traducidos en su totalidad a diferentes lenguas (árabe, catalán, francés, inglés e italiano). Es de destacar la importante labor que realizó como Coordinador de Historia Medieval y Mundo Árabe, en la *Gran Enciclopedia de Andalucía* (2004–2007), en la fue además el autor de centenares de entradas. El profesor Valencia participó en coloquios internacionales, concedió entrevistas a medios de comunicación locales y nacionales, colaboró con el Patronato del Real Alcázar o el Museo Arqueológico de Sevilla, formó parte del Consejo Asesor de la Fundación El Legado Andalusí, desde donde hizo visible, a través de publicaciones, exposiciones, congresos, rutas, la presencia viva del mundo árabe no solo en nuestra historia, sino, y lo que es más importante, en el trasfondo cotidiano de nuestras vidas: en nuestras calles, urbanismo, arquitectura, gastronomía, agricultura, en nuestra forma de vivir... La recuperación de estos aspectos de nuestro pasado árabe y musulmán en nuestra memoria colectiva se debe, en buena parte, al trabajo íntegro, constante, comprometido y apasionado del profesor Rafael Valencia.

Quiero recordar aquí también el papel que representó como intermediario cultural en los Reales Alcázares y otros monumentos y barrios árabes de Sevilla, que nadie mejor que él conocía, y que mostraba, como un guía sabio, a cuantas personalidades visitaban la ciudad de Sevilla. También es de destacar su labor como Comisario de magnas exposiciones internacionales, como “Averroes y su época”, celebrada en Sevilla, Córdoba y Rabat, 1998–1999. O la exposición “Ibn Jaldún: auge y declive de los Imperios”, con la Fundación El Legado Andalusi, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y el Ministerio de Cultura, que pudo disfrutarse sucesivamente en el Real Alcázar de Sevilla, en la Biblioteca Nacional de Túnez; en el Edificio de las Naciones Unidas de Nueva York, en Argel y en El Cairo desde 2006 a 2008.

Buen amigo de sus amigos, excelente compañero universitario, cada uno de nosotros guarda un pedacito de Rafa, un puñado de recuerdos, de momentos inolvidables vividos a su lado, en esos pasillos de la vieja Fábrica de Tabacos, en las aulas y despachos de nuestra Universidad. Yo tengo muchos, de muchos años. Compartirlos con ustedes, y reunirlos aquí es como componer juntos el retrato de alguien a quien amamos y que ya no está, pero que estará con nosotros mientras continuemos sus proyectos, siempre que hablemos de él, cada vez que recordemos y añoremos su sonrisa, el brillo de sus ojos, su charla siempre apasionada, su inteligencia, su curiosidad, su generosidad y su entrega a todo sin límites.

La muerte repentina de Rafael nos dejó a todos sin poder reaccionar. Quedaban muchas cosas por hacer, muchos temas por hablar, muchos paseos que dar, muchos libros por escribir, mucho tiempo por compartir. A Rafa le encantaría estar hoy aquí con nosotros, celebrando la vida. Siempre lo hizo. La vida de muchos de nosotros no ha vuelto a ser igual desde que Rafa nos dejó. Por eso es nuestro deber seguir disfrutando y celebrando juntos el haberlo conocido, el haber tenido la suerte de estar cerca de una persona excepcional como Rafael Valencia, y de haber hecho con él buena parte del camino.

Nada más, muchas gracias.

CARTA A RAFAEL

Por JOAQUÍN MUÑOZ GARCÍA

Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, Excelentísimos Académicos.

Querido Gonzalo y familia, estimados hermanos de mi Rafa y familia, que os identificaba como: su rubio, su grande y su chico. Amigos todos.

Vengo a leeros la Carta que le he escrito a nuestro querido Rafael, con motivo de este homenaje–recuerdo que coincide con la festividad de Santo Tomás de Aquino patrón de los estudiantes, lo que siempre fue nuestro Rafa.

Esta dice así:

Sevilla, 28 de enero de 2022

Querido y admirado amigo:

La razón de escribirte esta carta es que hace unos meses tu amigo Antonio Collantes de Terán se puso en contacto conmigo para preguntarme si me importaba venir a hablar de ti a esta Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, a la que le dedicaste tantos esfuerzos y horas desde que ingresaste en ella con aquel discurso magistral sobre “Los refranes en la Sevilla árabe”.

Y esa es la razón de la carta. No voy a hablar de ti sin comentarte lo que voy a decir. Aunque, como imaginarás, solo puedo hablar de ti cosas buenas y entrañables, y por supuesto, contaré también algunas de nuestras vivencias.

Como recordarás nos conocimos en la Universidad de Sevilla y desde el primer momento, a través de nuestras conversaciones, empeza-

mos a ver que coincidíamos en muchos de los diagnósticos que hacíamos de la situación universitaria y también en lo que se podría hacer para mejorarla. Luchamos cuanto pudimos y, también hay que decirlo, lo que nos dejaron por ayudar a mejorarla. Como muestra de ello están las numerosas intervenciones que teníamos en Juntas de Gobierno y Claustros. Es más, nos incorporamos los dos a un grupo de profesores con bastante ilusión para acceder al rectorado, y tratar de corregir la dirección que estaba tomando la Universidad de Sevilla en aquellos años. Pero las estrategias personales, y negarnos a utilizar métodos que no nos parecían adecuados, condujeron a que la Universidad perdiera para su gestión a una persona con la capacidad y la calidad humana que tú tienes. En fin, hiciste todo lo posible y como yo digo, lo que te dejaron hacer.

Como sabes, yo dejé el Claustro y la Junta de Gobierno bastante cansado de todo aquello, pero tú con ese carácter conciliador y dialogante, mostrado tantas veces a lo largo de los años que estuvimos juntos en estas lides, seguiste algunos años más en la lucha.

Si me preguntaras ahora cómo va esto de la Universidad, te diré como Juan Belmonte: “¡degenerando!, ¡degenerando!” y en el mismo sentido que lo dijo él.

Citar al Pasma de Triana, me permite recordar que este año pasado han vuelto los toros a la Maestranza, donde fuimos durante algunos años vecinos de asiento en su grada 4. Allí pasamos algunas tardes de la primavera sevillana viendo las correspondientes corridas de toros. Después hacíamos balance de la tarde junto con otros abonados al coso del Baratillo en la bodeguita San José. Nuestra conclusión siempre era, más o menos, la misma: “Algo hemos visto”.

Pero debo decir que muchas tardes nos enfadábamos con los toros que nos presentaban, lo que nos llevaba a realizar alguna que otra protesta sonora que se salía del canon de la Maestranza, como decían algunos guardianes del espíritu añejo de la plaza. Porque ese toro con movilidad, que transmite emoción, que no se cae, que va al picador con alegría, empezaba a brillar por su ausencia. Con ello pongo de manifiesto que nosotros estábamos en la línea torista, lo que nos hacía discrepar de la opinión de otros vecinos de la grada que eran de la línea torerista.

Y como bien sabes, los toros me echaron de la plaza. Aquí debo reconocer de nuevo, que tú tienes más paciencia que yo, como siempre. Así que seguiste yendo, al menos a aquellas corridas donde se anunciaban ganaderías de las que pensamos que saldrían toros con la casta y bravura necesarias, para transmitir la emoción que se espera de una corrida de toros.

Te adelanto mi diagnóstico, creo que esto de los toros no va por muy buen camino, y te cuento una anécdota de este año. Debes saber que ahora veo las corridas por televisión. En una corrida de este año a un torero estrella le dieron las dos orejas por la faena y tras ello entrevistaron a su apoderado, que dijo “Al toro le faltaba vida”, es decir, parecía que la estrella taurina había toreado un moribundo. Pues así estamos.

Cualquiera que escuche esto que cuento, y de lo que a veces hablamos cuando nos vemos, pensará que estamos en el famoso choque generacional propio de nuestra edad, o bien nos dirían que “esas son cosas de abueletes”. Y a lo mejor es cierto. Aunque, creo que algo de razón llevamos.

Y efectivamente tenemos que reconocer que llevamos ya algunos años en el “candelabro”, como dijo aquella modelo, es decir, llevamos años de amistad y complicidades.

Se me viene a la memoria, que en los dos últimos años no hemos quedado en la Semana Santa, ya que esta pandemia no lo ha permitido. Siempre nos veíamos algunos días, pero había uno muy especial, el Martes Santo. Ese día siempre acudíamos a la Plaza de la Contratación para ver, al que llamábamos cariñosamente, el “Becario de la calle San Fernando”. Después, veíamos Santa Cruz, y la Bofetá cuando volvías a tu casa. Tienes suerte con los Vecinos que te buscaste.

Lo mismo este año nos volvemos a ver con el “Becario”, porque anuncian que volverá a aparecer entre naranjos por la plaza, aunque esta vez tú estarás más cerca de Él que yo. Esto es toda una predicción, no sé si se cumplirá, ya que como sabes esto de la vida es algo muy imprevisible o aleatorio.

La pandemia tampoco nos ha dejado ir a la Feria, así que tenemos pendientes algunos almuerzos feriales y ver a los amigos comunes.

Y, por supuesto, tampoco nos hemos visto el verano en Punta Umbría, donde nos hablabas de los recuerdos de tu padre y lo que decía de su playa, donde te oíamos contar los avatares del onubense Abdallah-al-Bakri. Y en la terraza desde la que se divisa la isla de Saltés, nos ilustrabas sobre la Taifa de Huelva. A mis hijas, a las que llamas hermanas, les encantaba escucharte esas lecciones de historia.

Y esto me lleva a hablar de nuestras familias, en las que tenemos situaciones muy parecidas. A ambos nos falta una hija. Tu hijo Gonzalo y tu yerna (como yo te digo) los he visto muy bien. Les pregunté por tus nietos, tu ilusión, y están estupendamente, los mejores, y mi hija con los mellizos muy bien, igual que Lucía.

Sabes que tenemos pendiente tu propuesta, una comida con todos los nietos, con la intención de que se conozcan. Habrá que esperar que la dichosa pandemia nos permita realizar esa comida, y que la hagamos con todos sus avíos como ellos se merecen y como queremos.

Y como hace algún tiempo que no nos vemos, quiero recoger en esta carta, para que lo sepas, lo que le escribí a mi hija María, tu hermana, la última noche que coincidimos en la SE-30:

Querida niña:
 Hoy ha salido en tu busca
 Tu hermano Rafa
 Espero que os veáis
 Deseo que os encontréis
 Anhele que habléis
 Espero que os riáis
 Deseo que os abracéis
 Anhele que nos recordéis
 Nosotros más solos
 Sin veros
 Sin escucharos
 Sin tocaros
 Pero os vemos, mirando Saltés
 En la arena de Punta
 En su agua azul

Rafa tengo que terminar, ya sabes como funciona esto, te dan un tiempo para contar algunas de tus cosas, y como últimamente no nos hemos visto podíamos estar varios días hablando. Así que recibe un fuerte abrazo y besos de la familia. No sé si nos volveremos a ver pronto, pero seguro que nos volveremos a ver, porque al contrario que el poeta Manuel Alcántara, que dice:

Cuando termine la muerte
 A mí que no me despierten
 Si dicen ¡A levantarse!
 Yo voy a decir que a mí ¡Me despierten!
 Así nos volvemos a ver Rafa.

Y finalizo deseando a todos los presentes y ausentes lo que tú siempre decías de despedida:

Amigos todos, ¡¡Que la salud no os canse!!
 Gracias